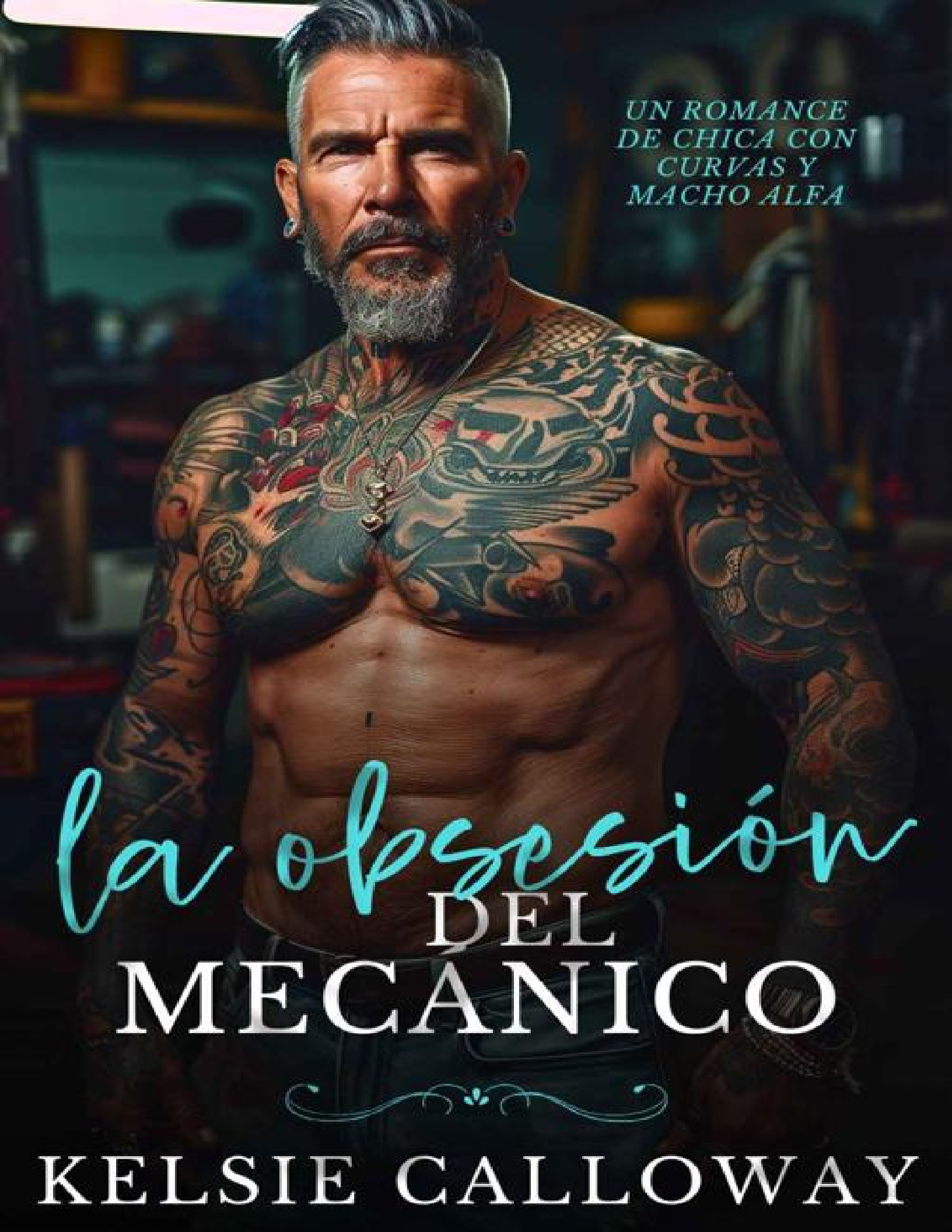

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA
la obsesión DEL MECANICO
KELSIE CALLOWAY

LA OBSESIÓN DEL MECHÁNICO

UN ROMANCE DE CHICA CON CURVAS Y MACHO ALFA

LOS MACHOS ALFA LES ENCANTAN LAS CHICAS CON CURVAS

LIBRO UNO

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



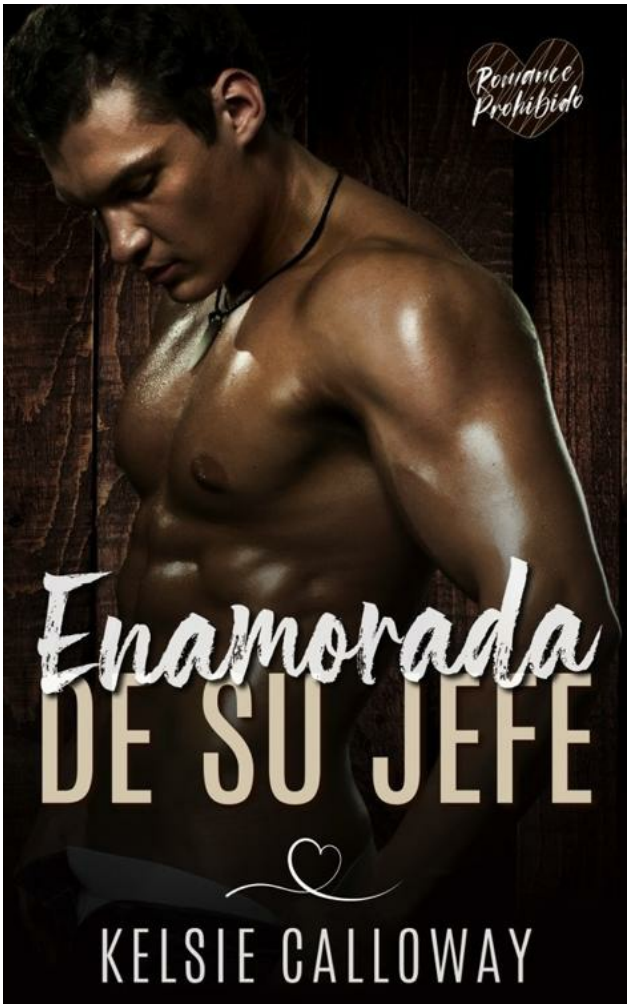
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Amelia
2. Amelia
3. Jameson
4. Jameson
5. Amelia
6. Jameson
7. Amelia

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

AMELIA

No estoy precisamente encantada de seguir viviendo con mi madre a los 21 años, pero en tiempos desesperados hay que tomar medidas desesperadas, y la verdad es que todavía estoy intentando entenderlo todo.

Mientras cojo el almuerzo que me ha preparado, mis ojos se posan en la nota adhesiva que ha dejado encima como una banderita brillante. Estoy segura de que su intención es que sea positiva y alentadora, pero todo lo que puedo leer son palabras llenas de condescendencia.

Quizá deberías ir andando al trabajo esta mañana. ¡Te ayudará a quemar calorías!

Con amor, mamá.

Es difícil no poner los ojos en blanco; sé que sus intenciones son buenas, o al menos eso espero, pero a veces sus acciones no son las mejores. Parecen más recordatorios de mis defectos que gestos de amor.

Con un suspiro, arrugo la nota adhesiva y la hago una bolita con los dedos antes de tirarla al cubo de la basura, un pequeño acto de rebeldía que me resulta extrañamente satisfactorio. Echo un vistazo a la bolsa del almuerzo, esperando encontrar el surtido habitual. Le he pedido una docena de veces que deje de prepararme el almuerzo, pero no importa cuántas veces se lo suplique, lo hace de todos modos. Insiste en que es su forma de demostrarme que se preocupa por mí, pero no puedo evitar la sensación de que hay un motivo oculto bajo sus buenas intenciones. Me parece una forma sutil de controlar lo que como, una especie de vigilancia disfrazada de amor maternal.

Zanahorias, arroz integral y un poco de pollo a la parrilla. Ah, y otra nota adhesiva. La cojo y la tiro a la basura junto con su gemela, sin apenas mirarla. Mamá lleva años intentando animarme a perder peso, pero en algún momento tendrá que despertar y darse cuenta de que no es tan fácil para mí como para ella. Yo podría comer nada más que batidos de col rizada durante un año y aún así nunca llegaría a su pequeña talla 4. Es como si hubiera olvidado que los cuerpos tienen diferentes formas y tamaños, cada uno con sus propios retos. Casi puedo oír su voz en mi cabeza, recordándome que «la paciencia es la clave», pero me parece más un recordatorio de mis defectos.

Cuando por fin llego al trabajo, lo primero que veo es a Jameson hojeando una revista que le dejé en el correo de ayer. Tiene el ceño fruncido por la concentración y no puedo evitar admirar la forma en que su pelo oscuro le cae ligeramente sobre la frente. «Buenos días», le saludo con una sonrisa radiante, intentando sacudirme el peso de la mañana. «¿Has visto el artículo de marketing que te he denotado?».

Sus ojos se iluminan al mencionar el artículo y siento una pequeña emoción al captar su atención. Como jefe de oficina de Jameson y gurú de marketing de facto, siempre estoy buscando formas de aumentar la rentabilidad y las ventas de su taller mecánico. Aunque sólo me paga por atender el teléfono, llevar sus finanzas y asegurarme de que todo el mundo en el taller cobra cada dos semanas, en mi tiempo libre no paro de pensar en nuevas ideas. Formar parte de algo más grande tiene algo de satisfactorio, un sentido de propósito que va más allá de la rutina diaria. Además, es agradable sentir que contribuyo a su sueño de alguna manera, aunque él no siempre lo reconozca.

Sus ojos azul oscuro se desvían del papel satinado que tiene delante y siento que se me revuelve el estómago ante la intensidad de su mirada cuando se fija en la mía. «Voy a ser sincera, cariño, no entendí ni una palabra de lo que leí en ese artículo. Entiendo de publicidad, pero me perdí con términos como ROI, pruebas A/B y anuncios online PPC. Tengo un trabajo, y este», enfatiza dando una palmada a la revista con la mano libre, “no lo es, cariño”.

Cuando empecé a trabajar para Jameson, la forma en que utiliza esos términos cariñosos solía hacer que mi corazón diera un vuelco, encendiendo un aleteo de emoción en mi pecho. Pero ahora se han convertido en parte del ritmo cotidiano de nuestras interacciones, reconfortantes por su familiaridad. Me dobla en edad, un hecho que a menudo me preocupa, y nunca se me ha insinuado a pesar de la innegable química que surge entre nosotros. Estoy segura de que tiene cosas más importantes en la cabeza, como llevar la tienda, y sin duda tiene un tipo más rubio y delgado que yo. Sin embargo, en esos fugaces momentos en los que el aire se espesa con una tensión tácita, es difícil no fantasear con cómo sería si un hombre que mide un impresionante metro noventa y está cubierto de tatuajes me empujara contra la puerta de la oficina y me besara bien y fuerte, y quizá un poco más. Es una ensoñación que baila justo fuera de mi alcance, burlándose de mí con posibilidades que parecen tan alejadas de nuestra realidad.

Me aclaro la garganta, tratando de deshacerme de esos pensamientos que me distraen antes de que Jameson los perciba en mi expresión. «Para eso estoy aquí. Dame un par de cientos de dólares al mes para jugar y, en unos meses, podré convertir este negocio en...». Pero su ceño fruncido me dice que ya está haciendo números en su cabeza, y parece que las cifras no le cuadran. «O no...»

«Amelia». Su voz envuelve mi nombre como una advertencia y me hace sentir un escalofrío. «Es que no sé de dónde vamos a recortar los gastos».

Si no hubiéramos tenido ya esta conversación media docena de veces, habría intentado convencerle de que esta inversión acabaría aportando más dinero al negocio. El dicho «hay que gastar dinero para ganar dinero» tiene algo de verdad, sobre todo en este caso. Pero, en lugar de eso, simplemente suelto un suspiro, con los hombros ligeramente caídos, y asiento con la cabeza a regañadientes.

Decido desviar la conversación, no quiero insistir en un tema que nos va a disgustar a los dos.

«¿Qué hiciste anoche? ¿Te fuiste de bares?» le pregunto, con la esperanza de sacarle de sus cavilaciones. En más de una ocasión ha llegado al trabajo con una resaca atroz, de humor oscuro y pesado como nubes de tormenta. Trabaja en un silencio melancólico, pero siempre se nota que está sufriendo por lo de la noche anterior. «Sé que eres un juerguista, Jameson», le digo, intentando que vuelva a su habitual humor juguetón, las bromas que hacen más llevaderas las largas jornadas en la tienda.

«Anoche no», sonríe, sus ojos brillan con picardía, »pero quizá esta noche. Deberías venir alguna vez. Creo que lo disfrutarías». Jameson me sigue hasta el despacho, con su presencia cálida y magnética, mientras reflexiono sobre esta inesperada invitación. La idea de pasar la noche a su lado, lejos de la grasa y el aceite del taller, me revuelve el estómago.

Aunque me dobla la edad, sé que sabe divertirse más que la mayoría de los veinteañeros que conozco. Me lo imagino bebiendo chupitos sin esfuerzo y riéndose del caos que le rodea, y estoy segura de que me bebería por debajo de la mesa sin sudar. «No creo que eso sea prudente. Eres mi jefe y todo eso», respondo, intentando mantener un tono ligero, pero el peso de las implicaciones flota en el aire. Además, si bebo un poco de alcohol, no sé qué pasará después; mi mente se llena de posibilidades, tan emocionantes como aterradoras.

Se sienta en una de las sillas de la sala de espera y se reclina con una confianza relajada que me hace palpitar el corazón. «¿A quién le importa? ¿No eres de Recursos Humanos? ¿A quién vas a informar?». A Jameson nunca le han gustado las normas, y no puedo evitar admirar su rebeldía. Un ejemplo: me pone apodos cariñosos en el trabajo, lo que siempre me hace sonrojarme y ponerme nerviosa.

«El ambiente del bar tampoco es, bueno, mi ambiente», añado, las palabras salen de mi boca vacilantes mientras me miro a mí misma, esperando que capte la indirecta. Jugueteo con el dobladillo de la camisa, muy consciente de mis curvas y de que no encajan en el estereotipo de chica salvaje y despreocupada que flirtea con desconocidos. «No soy exactamente el tipo de chica que sale a los bares y se deja mirar o hablar con los otros chicos. No estoy segura de que ese sea el ambiente para mí». Mi voz se entrecorta y no puedo evitar preguntarme si me ve como yo desearía que me viera o si para él no soy más que otra cara entre la multitud.

Esta vez evito deliberadamente mirar a Jameson a los ojos. Siempre ha sido un buen tipo, de los que me echan un vistazo y me animan, pero ahora mismo no necesito que intente engatusarme con perogrulladas vacías sobre lo guapa que soy sea cual sea mi talla. No puedo soportar ese tipo de atención, y menos de él.

Pero él no hace eso, no exactamente. «¿De qué estás hablando, nena?», me pregunta, levantando una ceja de esa forma suya tan encantadora. «Eres preciosa. Te lo dice un tipo que reconoce a una mujer impresionante cuando la ve». Sus palabras flotan en el aire y noto cómo se me calientan las mejillas.

Siento que la boca se me seca al instante, como si el aire mismo hubiera sido succionado de la habitación. Lo dice para hacerme sentir mejor, ¿no? Y, si soy sincera conmigo misma, ¡está funcionando! Un aleteo de esperanza se agita dentro de mí. «Oh, um, Jameson,» tropiezo con mis palabras, no muy segura de cómo responder a tan inesperado elogio.

Se levanta de un salto, rebosante de confianza, y me guiña un ojo con esa sonrisa desarmante que parece iluminar todo el espacio. «Hablamos luego, bombón», me dice en un tono juguetón pero

sincero. Entonces, sin más, se da la vuelta y sale de la habitación como si nada hubiera pasado.

El corazón me da un vuelco, se me acelera a un ritmo errático. Estoy segura de que he soñado todo este escenario, de que mi imaginación se ha disparado con todas las posibilidades. Pero si no es así, ¿qué ha pasado? ¿De verdad acaba de llamarme preciosa? El calor me recorre, mezclando excitación e incredulidad, dejándome sin aliento y perpleja.

AMELIA

Estoy metida de lleno en mi jornada, con los dedos volando sobre el teclado, cuando Jameson se acerca a grandes zancadas con un cliente. Normalmente, soy la primera cara que ve la gente cuando entra por la puerta de la tienda, y les doy la bienvenida con una sonrisa y un saludo alegre. Pero, de algún modo, este caballero se las ha arreglado para colarse por el callejón trasero, con su coche a cuestas, y llegar hasta la dueña de la empresa.

«Hola, Amelia», dice Jameson con un gesto brusco de la cabeza, con una voz familiar que siempre me hace estremecer. «Estará contigo una hora más o menos. Estamos reparando su coche. Te daré toda la información dentro de un rato. Los chicos están haciendo una inspección ahora mismo para determinar el alcance total de los daños. Supongo que tuvo un pequeño accidente».

Miro al hombre en cuestión. Es sólo un par de centímetros más bajo que Jameson, pero su presencia es innegablemente diferente. Mientras que Jameson luce un aspecto rudo con sus mangas recortadas y sus pantalones grises oscuros de mecánico, este caballero va vestido de forma mucho más profesional. Lleva una camisa abotonada impecable metida por dentro de unos pantalones entallados, lo que le da un aire de pulida autoridad. «Bueno, tómese su tiempo, señor», dice tras una breve pausa, apartando a Jameson con un gesto despreocupado como si se tratara de un inconveniente menor. «Si hubiera sabido que la recepcionista era tan sexy, habría venido antes».

Me ruborizo al oír sus palabras y no puedo evitar echar un vistazo a Jameson para ver su reacción. Su ceño se arquea ligeramente y en sus ojos parpadea un sutil atisbo de diversión. Noto el peso del cumplido flotando en el aire entre nosotros, lo que hace que el momento parezca más cargado y complicado de lo que debería.

Jameson mira al hombre con una intensidad que me acelera el corazón y luego me mira a mí, con expresión feroz y protectora a la vez. «Ten cuidado. Aquí no toleramos el acoso sexual». Su voz es grave pero firme, el tipo de tono que no admite tonterías.

«Soy Andrew», se presenta el hombre mientras se acerca a mi mesa, con una sonrisa en los labios. «¿Y cómo te llamas, guapa?». Tiene un aire de confianza que me intriga y me inquieta a la vez.

Abro la boca, dispuesta a decirle a Jameson que no pasa nada, que puedo encargarme de esto, pero al ver la mandíbula apretada de Jameson y la señal reveladora del vapor que prácticamente irradia de sus orejas me hace dudar. De repente me siento como si hubiera entrado en un

universo alternativo. Este hombre, con el que llevo trabajando más de un año, acaba de llamarme guapísima y ahora se muestra innegablemente posesivo conmigo, como si fuera un tesoro que no tiene intención de compartir.

«Eh, gilipollas». Jameson da un paso adelante y acorta la distancia entre él y Andrew con una feroz determinación que me hace sentir una oleada de excitación. Le da un golpecito en el hombro a Andrew, una señal inequívocamente seria. «Siéntate ahí», le ordena, señalando las sillas del otro extremo del despacho con una autoridad que no admite discusión. «Y deje en paz a mi Director de Oficina, o puede buscarse un nuevo mecánico». Sus palabras son tajantes, pero tienen un matiz protector que hace que se me acelere el corazón.

Andrew mira entre Jameson y yo y su sonrisa vacila ligeramente. «¿Estás de broma? ¿Es tu novia o algo así?». Hay una pizca de incredulidad en su tono, y no puedo evitar sentir una oleada de calidez ante la insinuación, aunque la situación me resulta innegablemente incómoda.

Me quedo helada, con la mente a mil por hora. Cuando mi reacción de lucha o huida debería entrar en acción, me encuentro atrapada en esa tercera respuesta, a menudo tácita: congelación. Es como si el tiempo se hubiera detenido momentáneamente, dejándome suspendido en este torbellino de confusión y emociones inesperadas.

«Si fuera mi novia, ya te habría pateado el culo. Así que siéntate. Si no, te lo patearé igual». La voz de Jameson es grave y amenazadora, y puedo sentir la intensidad de su mirada cortando el aire. Cruza los brazos sobre el pecho, sólido e imponente, dirigiendo a Andrew una mirada que le reta a desafiar sus órdenes. La energía protectora que irradia Jameson es palpable, y no puedo evitar sentir una mezcla de admiración y temor.

Sigo allí sentada, con los pensamientos arremolinados en una nebulosa, preguntándome cómo todo ha desembocado en este momento. ¿Cómo hemos pasado de conversaciones casuales sobre reparaciones del coche a que Jameson se transforme de repente de mi jefe en una figura posesiva que parece dispuesta a ir a la guerra en mi nombre? Es desconcertante, y no puedo evitar que la esperanza se apodere de mí, aunque la incomodidad de la situación siga flotando en el aire.

Andrew se burla, un sonido desdeñoso que destila arrogancia, pero en el fondo sabe que no es rival para Jameson. Aunque Andrew es casi tan alto como el mecánico, no puede competir con la enorme masa muscular que posee Jameson, al menos quince kilos. «No importa. No tengo tiempo para este concurso de meadas. De todas formas, ella es demasiado grande para mí», dice, con sus palabras cortando el aire.

Se me encoge el corazón y el shock inicial empieza a desvanecerse, sustituido por una oleada de indignación y dolor. El instinto de paralizarme por la incredulidad se evapora y ahora entra en acción mi respuesta de huida. Me levanto, mi cuerpo se mueve casi en piloto automático mientras me dirijo al baño, desesperada por escapar del peso del momento. Pero justo antes de que pueda escabullirme, oigo la voz de Jameson, firme e inquebrantable, diciéndole a Andrew que coja su coche destrozado y se largue. El tono protector de su voz pretende protegerme, pero no hace más que aumentar mi confusión emocional.

Antes incluso de llegar a la puerta del baño, siento lágrimas calientes derramándose por mis mejillas y agradezco en silencio al universo que nadie pueda ver mi vulnerabilidad en este momento. Todo lo que Jameson ha hecho por mí esta mañana -su apoyo inquebrantable y su feroz protección- se siente totalmente eclipsado por el cruel pinchazo de Andrew.

Siempre he sabido que soy un poco demasiado grande para los hombres, y esta interacción sólo sirve como otro recordatorio de esa verdad incómoda. Es una constante en mi vida, una realidad que he aprendido a manejar como una equilibrista, intentando mantener el equilibrio mientras el mundo a mi alrededor cambia constantemente. Cada vez que me enfrento a este duro recordatorio, el corte es un poco más profundo, una dentellada que perdura mucho después de que haya pasado el momento. Intento decirme a mí misma que la confianza es más importante que la talla, pero las palabras de Andrew resuenan en mi mente y me cuesta creerlas.

Cierro la puerta del baño tras de mí y me apoyo en ella mientras dejo que el resto de las lágrimas caigan en paz, cada gota es una liberación de la emoción contenida. La pequeña habitación de azulejos parece un santuario, un lugar donde puedo protegerme momentáneamente del juicio y del peso del mundo. Respiro hondo, el aire frío contrasta con el calor de mis mejillas y vuelvo a dar gracias a Dios porque Jameson no llama a la puerta para ver si estoy bien. Quizá sabe que estoy herida y quiere dejarme en paz, darme tiempo para ordenar mis pensamientos y recuperar la compostura. O tal vez comprende que no le dejaría entrar, que mantendría mi corazón a buen recaudo, temiendo lo que su preocupación podría desvelar.

Tendría razón en ambos casos.

JAMESON

Empujo a Andrew fuera del taller, el sonido de la puerta cerrándose tras él resuena en el espacio silencioso, y me despido a regañadientes de lo que probablemente han sido reparaciones por valor de más de 500 dólares. Ya me imagino las quejas y la frustración de los chicos cuando se enteren. Va a ser difícil explicarles que todo ha sido por Amelia. No lo entenderían; ellos ven el negocio en blanco y negro, mientras que yo me encuentro enredado en matices de emoción cuando se trata de ella.

El día que puse el anuncio para un director de oficina, necesitaba urgentemente a alguien que pudiera poner en orden mi desorganizada oficina. La última persona que tuve en ese puesto era un imbécil que se las arregló para arruinarlo todo. Le pillé malversando dinero de la tienda y, aunque le llevé a los tribunales, nunca vi ni un céntimo de lo que había robado. Los tribunales no paran de asegurarme que lo devolverá, pero no son más que promesas vacías que me hacen sentir aún más frustrada con toda esta situación.

Entonces Amelia entró por la puerta y todo cambió. Estaba sin aliento, con las mejillas sonrojadas, y no pude evitar fijarme en que llevaba el pelo hecho un desastre, con mechones cayendo en caóticas ondas alrededor de la cara. Me contó que había venido andando desde su casa, a un kilómetro y medio de distancia, lo que me hizo admirar aún más su determinación. Y entonces, en un curioso giro del destino, mencionó casualmente que ella también tenía problemas con el coche. Con un brillo en los ojos, me preguntó si, una vez conseguido el trabajo, podría beneficiarse de un descuento para empleados. La forma en que lo dijo, con una mezcla de esperanza y encanto, me hizo imposible no sonreír.

Era preciosa. Estuve a punto de contratarla en el acto, sin ni siquiera echar un vistazo a su currículum. Sentada frente a mí, con los ojos brillantes de entusiasmo, intentó explicarme su situación. No abandonó la universidad porque fuera demasiado dura; simplemente no tenía fondos para terminar su carrera de marketing. Lo sentí por ella, de verdad. Había visto a otras dos o tres candidatas que presumían de tener más experiencia, pero al final fue su preciosa sonrisa la que me desarmó por completo.

Las primeras semanas de formación fueron un reto. Yo aún estaba intentando asimilar la dinámica de la oficina y ella irrumpió con un torbellino de ideas para nuestro negocio. A menudo me veía obligada a decirle que no teníamos presupuesto para sus ambiciosos planes, y me dolía ver esa cara de decepción. Sin embargo, poco a poco, fue encontrando su equilibrio. A medida que ganaba confianza en su papel, no podía dejar de notar cómo su energía transformaba el ambiente a su alrededor. Empecé a venir todas las mañanas, no por obligación para comprobar su

trabajo, sino simplemente porque quería verla, hablar con ella y disfrutar del calor de su presencia.

Odio que sólo tenga veintiún años. Me corroe, y no puedo evitar la sensación de ser un pervertido cada vez que me sorprendo mirándola, sintiendo una agitación entre mis muslos que sé que no debería sentir. La situación se complica aún más cuando tengo que apartar a los nuevos empleados y establecer la ley: no pueden tocarla, mirarla, ni siquiera pensar en ella porque es mía. Es un instinto posesivo que no puedo explicar, pero está ahí, muy arraigado e inflexible.

Hay una broma en la tienda que dice que la he reclamado, y aunque pretende ser desenfadada, tiene un peso que no puedo ignorar. Puede que aún no me la haya llevado a la cama, pero sólo porque supongo que no le interesaría un hombre mayor como yo. Es demasiado joven, vibrante y educada para un mecánico endurecido como yo. Me pregunto qué ve cuando me mira, si ve al hombre que fui o al que soy ahora, si ve más allá de los años grabados en mi cara y los callos de mis manos.

Hoy me he arriesgado, aunque al principio no haya sido intencionado. Cuando noté cómo bajaba la mirada, llena de vergüenza al escrutarse a sí misma, sentí una oleada de protección. No podía soportar la idea de que pensara que no era guapa. Así que intervine, con voz firme pero suave, decidida a enderezarla. Quería que se viera a sí misma a través de mis ojos, que reconociera el resplandor que yo veía cada vez que entraba en la habitación. Cuando sus mejillas se sonrojaron con un delicado tono rosado -que yo esperaba que fuera de placer-, sentí una emoción de victoria. Pero me marché antes de que pudiera corregirme, antes de que el momento se me escapara y se convirtiera en algo que no estaba preparada para afrontar.

Suspiro profundamente y me paso una mano por el pelo. La situación con Amelia ha sido complicada, por no decir otra cosa, y sabía que mis amigos no comprenderían del todo la complejidad del asunto. No entienden la conexión que tengo con Amelia, la forma en que sus ojos se iluminan cada vez que entra en la tienda, la forma en que su risa hace que mi corazón se acelere.

«¿Jameson?» La voz de Jeremy interrumpe mis pensamientos. «¿Te estás arreglando el pelo para Amelia?» Me pregunta con una sonrisa en los labios.

Pongo los ojos en blanco, exasperada. «No, Jeremy», digo, con voz ronca. «No me estoy arreglando el pelo por Amelia. Estoy cansada de tratar con gilipollas como Andrew».

Se encoge de hombros, claramente poco convencido. «Lo que tú digas, Jameson. Buena suerte atrapando a tu presa». Me da la espalda, imitando mi gesto de antes.

Suelto una carcajada amarga mientras me alejo. Jeremy no entiende lo que significa preocuparse por alguien, querer protegerlo de la crueldad del mundo. Lo ve todo a través de la lente de una broma, pero yo sé que no es así. Amelia es algo más que una cara bonita o un buen polvo: es alguien que me ha robado el corazón y se niega a devolvérmelo.

JAMESON

A través de la ventana, veo que Amelia ha vuelto a su escritorio, y no puedo evitar admirarla una vez más. Está tan guapa como siempre, aunque completamente absorta en su trabajo. Los familiares colores verde y blanco de una hoja de cálculo de Excel brillan en la pantalla de su ordenador, pero es ella quien me cautiva. Lleva puestas sus gafas de leer, lo que le da un aire de estudiosa que me parece absolutamente encantador. En ese momento, me recuerda a una bibliotecaria traviesa, una fantasía a la que me he entregado más de una vez. La forma en que su pelo cae suavemente alrededor de su cara mientras se inclina hacia la pantalla me acelera el corazón, y no puedo evitar la sensación de que hay algo más que una conexión profesional entre nosotras.

Al entrar en la oficina, siento que me invade una sensación de calma. En este espacio, puedo ser yo misma, libre de los ojos críticos del mundo. Espero que Amelia sienta lo mismo, que pueda encontrar consuelo aquí también. Porque, al fin y al cabo, no se trataba de cazar a mi presa, sino de amar y ser amada a cambio.

«Hola, cariño», la saludo afectuosamente al cruzar la puerta, dejando que el familiar aroma a aceite y metal me envuelva como un abrazo reconfortante. «Sólo quiero disculparme por lo que pasó antes. Nunca debería haber ocurrido». Siento el peso de mis palabras suspendido en el aire entre nosotros, un puente frágil de cruzar tras la tensión del momento que compartimos. Espero que entienda que mis intenciones nunca fueron desdibujar nuestra relación profesional.

Amelia salta ante mi repentina entrada, su sorpresa es una mezcla de asombro y encanto que me resulta bastante simpática. No puedo evitar sonreír ante su reacción, la forma en que sus ojos se abren de par en par y su respiración se entrecorta por un instante. «No pasa nada», le aseguro, con un tono suave y tranquilizador. «No es culpa tuya». Quiero que se sienta tranquila, que sepa que la tensión de antes no tiene por qué perdurar entre nosotros.

Bueno, por supuesto que no es culpa de Amelia, pero eso no significa que no vaya a machacar al tipo que le causó tanto dolor. Los bordes rojos de sus ojos son un claro indicador de que sus crueles palabras han dejado un profundo impacto en ella, y necesito todo mi autocontrol para no perseguirlo y darle una buena paliza. O quizá algo más físico. Es un golpe bajo que un hombre diga esas cosas, y no se merece salirse con la suya.

«Amelia», le digo con voz firme, »ningún hombre tiene derecho a hablarte así. No está bien y, desde luego, no es culpa tuya. Mereces que te traten con respeto y amabilidad, siempre». Puedo ver la duda y la incertidumbre en sus ojos, y espero que mis palabras sean suficientes para

ayudarla a ver que ella no tiene la culpa de la crueldad de otra persona. Es una mujer fuerte y capaz, y merece que la traten como tal.

«No, de verdad, Jameson, no pasa nada», Amelia intenta quitárselo de encima, pero puedo ver el dolor en sus ojos. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que piense que lo que ha dicho ese hombre es aceptable.

Me acerco a su mesa con expresión decidida. «No está bien, Amelia», le digo con firmeza. «Eres guapa, sexy, preciosa y tienes la talla perfecta. No dejes que lo que dijo ese hombre te haga sentir menos. Eres una mujer inteligente y capaz, y mereces que te traten con respeto y amabilidad, siempre. Y mereces que te quieran por lo que eres, no por una versión idealizada de lo que otra persona cree que deberías ser».

Puedo ver la duda y la incertidumbre en sus ojos, pero también veo un atisbo de esperanza. Espero que mis palabras sean suficientes para ayudarla a ver que ella no tiene la culpa de la crueldad de otra persona. Es una mujer fuerte y capaz, y merece ser tratada como tal.

Respiro hondo y continúo. «Amelia, sé que no soy perfecto. Soy un hombre mayor y tengo un taller mecánico. No soy exactamente el tipo de hombre al que la mayoría de las mujeres mirarían dos veces. Pero te veo, y veo la increíble mujer que eres. Veo tu fuerza, tu inteligencia, tu bondad y tu belleza. Y quiero estar contigo, Amelia. Quiero ser quien te trate con el respeto y el amor que mereces».

Veo la sorpresa en sus ojos y me doy cuenta de que no está acostumbrada a oír palabras así. Espero que mis palabras sean suficientes para hacerle ver que merece amor y respeto y que no tiene por qué conformarse con menos.

Me acerco a ella y le tiendo la mano. «Amelia, ¿me darás una oportunidad? ¿Me dejarás demostrarte lo mucho que significas para mí?».

Me mira y puedo ver la incertidumbre en sus ojos. Pero también puedo ver la esperanza y el deseo. Y eso me basta. Haré lo que haga falta para demostrarle que merece amor y respeto, y que merece ser tratada como la mujer increíble que es.

Veo cómo se esfuerza por aceptarlo. Los engranajes de su cabeza están girando y casi puedo oírlos rechinar mientras intenta resolver un rompecabezas que parece imposible de resolver. Ojalá pudiera hacerle ver lo que yo veo: el potencial, la belleza, la fuerza que lleva dentro y que a menudo pasa por alto. «Levántate», le digo, con voz firme e invitadora.

Ella entrecierra los ojos y me mira con una expresión mezcla de desconfianza y curiosidad. «¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?». La tensión en el ambiente es palpable y noto que su vacilación pesa sobre los dos.

No le he dado ninguna razón para dudar de mí, pero entiendo por qué se siente así. Después de años de burlas y dudas, no es de extrañar que esté en guardia, dispuesta a protegerse de otra decepción. Veo las sombras de su pasado en sus ojos y me duele el corazón. «Nada malo. Sólo ponte de pie. ¿Confías en mí?» Mi voz se suaviza, con la esperanza de atravesar los muros que ha construido alrededor de su corazón.

Amelia resopla, su exasperación es palpable mientras se echa hacia atrás en la silla. «No», responde desafiante, pero puedo ver cómo le da vueltas la cabeza. «Pero supongo que no tengo

nada que perder». Se levanta de todos modos, con la determinación mezclada con la incertidumbre.

«Ven aquí conmigo», le ordeno con voz firme e inflexible. El dominio de mi tono es evidente incluso para mí, y veo cómo un escalofrío recorre su espalda. Es una pequeña reacción, pero enciende algo dentro de mí mientras ella sigue lentamente mi orden, sus pasos vacilantes pero deliberados.

«Sabes, como mi jefa no puedes salirte con la tuya en muchas cosas», me recuerda, con un toque juguetón en sus palabras. «Hay un límite y...».

A veces habla demasiado, y ésta es una de esas veces. El aire entre nosotros se vuelve más denso y decido que es hora de tomar el control. «Haznos un favor», la interrumpo sin discutir, “y cállate”.

Se queda con la boca abierta, sorprendida, y se planta delante de mí con la guardia baja. «Grosero», susurra Amelia, con los ojos entrecerrados mientras procesa mis palabras, “eso es muy grosero”. Hay una chispa en ella, un fuego que admiro y encuentro absolutamente cautivador.

Al mirarla, no puedo evitar sonreír. Con su 1,70 m, es casi un metro más baja que yo, pero tiene una fuerza innegable que la hace parecer más grande que la vida. «Tus ojos son del color de la miel, por eso te llamo tanto miel. Te queda bien, ¿no crees? Y te llamo cariño porque eres la persona más dulce que conozco, incluso más que mi madre. Pero supongo que no es una comparación justa; esa mujer solo mide metro y medio y me daba por culo más veces de las que puedo contar».

La risa que se escapa de sus labios llena el despacho, un sonido cálido y acogedor que me envuelve como una manta acogedora. Ilumina su rostro y siento cómo se me hincha el corazón al ver su alegría.

«Cuando te ríes así, estás radiante», le digo señalando con la cabeza su radiante sonrisa. Eres el sol que brilla sobre todos nosotros, iluminando las sombras con tu calor. ¿Cómo nos atrevemos a compararnos con alguien tan brillante como tú?». La observo, esperando que comprenda lo especial que es de verdad.

«No sabía que fueras poeta, Jameson», dice Amelia, con una pizca de sorpresa bailando en sus ojos mientras se muerde el labio y sus mejillas se sonrojan con un delicado tono rosado.

No puedo evitar sonreír ante su reacción, la forma en que cambia su lenguaje corporal, revelando la vulnerabilidad que se esconde bajo su exterior seguro de sí mismo. Alargo la mano para cogerla y siento el calor de su piel contra la mía, pero también noto que tiemblan ligeramente. Sin embargo, al sujetar sus manos con firmeza, se estabilizan en mi agarre y noto que la conexión entre nosotras se profundiza. «Amelia, hablo en serio», le digo, con voz baja y sincera. «No sé por lo que has pasado en tu vida ni quién te ha hecho sentir que no eres perfecta, pero eres preciosa. Tienes que oír esto: los capullos como ese Andrew no merecen tu tiempo ni tu corazón. No merece tus sentimientos ni tus lágrimas ni tu tiempo».

Frunce el ceño mientras procesa mis palabras y hace una pausa, mordiéndose el labio con más fuerza, como si estuviera sopesando el peso de mi sinceridad con sus propias inseguridades. «Es

que no creo que debas hablarme así», responde por fin, con la voz teñida de incertidumbre. «Ha pasado un año desde que Amelia entró en mi vida, y los sentimientos que he desarrollado por ella no han dejado de crecer como un jardín bien cuidado que florece bajo el sol. No es sólo el hecho de que sea guapa, aunque sin duda lo es, una mujer con curvas y una sonrisa contagiosa que ilumina mi triste taller mecánico. También es su sentido del humor, la forma en que puede hacerme reír incluso en los días más largos y difíciles. Es amable y cariñosa, siempre busca formas de ayudar a que mi negocio prospere a pesar de que apenas puedo permitirme pagarle un salario justo. Sé que le pago poco, y eso me corroe; si pudiera encontrar la manera de invertir en publicidad u otras mejoras, daría prioridad a darle un aumento. Para mí no es sólo una empleada; ha transformado mi oficina en un espacio que siempre había soñado.

No quiero a Amelia simplemente porque sea una mujer cautivadora; es su espíritu lo que me atrae. He llegado a apreciar la auténtica conexión que compartimos, y aunque yo tengo cuarenta y dos años y ella es mucho más joven, no puedo evitar la sensación de que hay algo real entre nosotros. Espero que lo que estoy a punto de hacer no la asuste.

«Shhh. Escúchame. Eres perfecta, Amelia. Te lo prometo». Me inclino y aprieto los labios contra los suyos, sintiendo una oleada de expectación. Es mi primer intento real de salvar la distancia que nos separa, de dar el salto a una relación que tanto he deseado. Aunque no separa los labios ni me devuelve el beso que esperaba, tampoco me aparta de inmediato.

Y eso me da esperanza. La esperanza de que quizá, sólo quizá, ella también sienta algo.

AMELIA

Se me sube el corazón a la garganta cuando sus labios se posan en los míos y una oleada de calor recorre mi cuerpo. Quiero pellizcarme porque sé que estoy soñando. Esto no puede estar ocurriendo. No puede ser real. Una oleada de incredulidad se mezcla con la euforia y me da vueltas la cabeza.

Huele a grasa, un aroma que se ha vuelto tan familiar gracias a nuestras largas horas en la tienda, mezclado con el leve rastro de la colonia que eligió ponerse esta mañana. Esa fragancia, ahora mezclada con la esencia del trabajo duro y la determinación, se adhiere a él, envolviéndome como una manta cálida. Quiero caer en su abrazo, olvidarme de todas mis preocupaciones y simplemente estar en este momento con él. Pero antes de que pueda sucumbir a ese deseo, recobro el sentido y me alejo, creando una dolorosa distancia que me parece casi errónea.

«Jameson», me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo le digo a este hombre mayor y sexy que no soy la mujer adecuada para él? El peso de mis pensamientos se apodera de mí y noto cómo el calor me sube a las mejillas. No tiene que darme un beso de compasión para que me sienta mejor. No tiene que decirme todas esas cosas dulces y maravillosas para devolverme la confianza. Estaré bien, de verdad. Sólo tengo que convencerme de ello antes de perder los nervios por completo.

Levanto la vista y veo esos preciosos ojos azules que me miran fijamente. Están llenos de emoción, fuerza y anhelo, un profundo océano de sentimientos que no consigo descifrar. Ojalá me mirara así de verdad, sin que el peso de la realidad se cerniera sobre nosotros. «Jameson, no puedes hacer esto. No podemos hacerlo. Eres mi jefe, me doblas la edad, no sientes realmente lo que sea esto por mí».

Las palabras duelen al salir de mi boca, como fragmentos de cristal que cortan el tierno tejido de mi corazón. Siento cómo tiran de las cuerdas de mis emociones y me siento mal sólo de pronunciarlas. El estómago se me revuelve violentamente y, por un instante, me pregunto si voy a vomitar delante de él. He fantaseado con la idea de que Jameson me besara desde el día en que empecé a trabajar para él, repitiendo esos momentos en mi mente cuando la tienda estaba en silencio, pero ahora que ha sucedido, no parece real. Parece un sueño del que no estoy preparada para despertar.

Me agarra las manos con fuerza y me aferra a este momento. «¿De qué estás hablando, pequeña? Nada de eso importa. Nada de eso es verdad». Su voz es baja y tranquilizadora, pero solo amplifica la tormenta que hay dentro de mí. Quiero creerle, desprenderme de mis miedos e

inseguridades, pero la realidad de nuestra situación se cierne sobre mí y me asfixia.

Siento que las lágrimas empiezan a brotar, un nudo en la garganta que amenaza con desbordarse, e intento desesperadamente disimularlas. «Pero importa», digo, con la voz temblorosa, delatando la agitación que se está gestando bajo la superficie. Por favor, Dios, no me dejes llorar delante de él. No soporto la idea de mostrarle mi vulnerabilidad, sobre todo cuando todo parece tan precario.

«¿Por qué? Su tono cambia, feroz y furioso, resonando en las paredes de la pequeña tienda. «¿Por qué importa que yo sea tu jefe? ¿A quién le importa?» Sus palabras cortan el aire como una cuchilla, afirmando su dominio de una forma que me intimida y me cautiva a la vez. «Si te conociera en un bar y no fuera tu jefe, seguiría interesado en ti porque eres preciosa, Amelia». La sinceridad en su voz es innegable, pero sólo aumenta mi confusión. «No me importa que seas mi empleada. No creo que eso te convierta en presa fácil o fácil de manipular o lo que sea». Se inclina más hacia mí, como si intentara salvar la distancia entre nuestros dos mundos. «Creo que me facilita venir a charlar contigo cuando estoy aburrido o me facilita invitarte a salir, cosa que no he hecho porque me aterrorizaba que me dijeras que no, pero ya no tengo miedo. Porque creo que sientes por mí exactamente lo que yo siento por ti». Sus palabras flotan en el aire, cargadas de una promesa que me emociona y me aterroriza a la vez, encendiendo un destello de esperanza en medio de la tormenta de mis dudas.

Es imposible que sepa lo que siento por él. «No lo dices en serio, Jameson». Mi voz suena aún más débil que antes, un mero susurro que apenas escapa de mis labios, porque estoy abrumada por el torbellino de emociones que se arremolina en mi interior. La confusión nubla mis pensamientos mientras me enfrento a la posibilidad de que sea sincero. ¿Y si está siendo sincero? La idea me produce un escalofrío. «No soy tu tipo», añado, intentando convencerme a mí misma más que a él.

Con un movimiento repentino, suave pero firme, Jameson me agarra la barbilla y me levanta la cara para que me encuentre con su intensa mirada. «Desde luego que lo eres, cariño. Eres perfecta para mí. Intento hacértelo ver». Sus palabras son un bálsamo tranquilizador para mis inseguridades, pero no hacen más que amplificar la tormenta que se desata en mi interior.

Abro la boca para volver a discutir con él, para lanzar otro comentario autodespreciativo, pero me corta antes de que pueda expresar mis dudas.

«Si vuelves a menospreciarte, que Dios me ayude, Amelia, te llevaré sobre mis rodillas hasta que aprendas a verte a través de mis ojos». La seriedad de su tono me produce una sacudida y el corazón se me acelera al pensar en su feroz determinación. Es una extraña mezcla de miedo y euforia, y no puedo evitar preguntarme si realmente tendrá razón.

No sé si es la amenaza o la autoridad que hay detrás de sus palabras, pero un escalofrío de lujuria me recorre la espina dorsal, encendiendo un fuego que no esperaba sentir. Cierro la boca de golpe, y el repentino silencio entre nosotros se llena de una tensión no expresada. Las palabras que antes tenía en la punta de la lengua, esos pensamientos de autodesprecio que me habían acompañado constantemente, se me vuelven a tragar y decido que es mejor no decirlas.

«En cuanto a tu edad, jovencita», empieza con el mismo tono autoritario, un timbre que me reconforta y electriza a la vez, »no creo que sea un factor importante ahora mismo. Es usted brillante. Puedes mantener una conversación conmigo y, sinceramente, te he visto desenvolverte

en discusiones mucho más duras que la mayoría». Su mirada se clava en la mía, firme e inquebrantable, lo que solo amplifica el aleteo de mi pecho. «No es que seas menor de edad ni nada por el estilo, así que dudo que tengamos algo de lo que preocuparnos. A menos que no puedas imaginarte con un hombre mayor, entonces creo que es una discusión discutible la que estamos teniendo ahora».

Sus palabras flotan en el aire, retándome a confrontar mis propias reservas, y puedo sentir el peso de su mirada instándome a reconsiderar.

Cuando lo dice así, es difícil discutir con él. Su confianza me desarma y siento cómo se derrumban mis defensas.

«¿Tienes algún problema con ver a un hombre mayor, Amelia?». Me pregunta cuando no respondo de inmediato, con voz firme, casi burlona, como si ya supiera la respuesta.

Niego con la cabeza, con el corazón acelerado. La idea de él, de nosotros, es a la vez estimulante y aterradora, y no puedo evitar sentir el calor subiendo por mis mejillas.

«Y en cuanto a mis sentimientos -continúa Jameson, refiriéndose a lo último que he mencionado en mi perorata anterior-, creo que todo esto demuestra que, efectivamente, siento algo por ti. Hace una pausa, con la mirada fija, como retándome a dudar de él. «Y si eso no está suficientemente claro, déjame ser más franco. Desde que entraste por la puerta de la oficina para solicitar este trabajo, he pensado que eres inteligente, divertida, encantadora y tremendamente guapa». Cada palabra es como una suave caricia que envuelve mi corazón. «Desde entonces, cada día me has demostrado que eres una persona amable y generosa, y quiero llegar a conocerte por dentro y por fuera».

Su sinceridad me inunda como una ola cálida, envolviéndome en una sensación que anhelaba pero que nunca pensé que llegaría a sentir. Por un momento, me pierdo por completo en la profundidad de sus ojos, esos estanques cautivadores que parecen albergar un universo de emociones. En esa mirada, me siento a la vez vista y amada, como si pudiera ver más allá de mis inseguridades y llegar al núcleo de lo que soy.

Me muerdo el labio, en un intento inútil de contener la marea de emociones que amenazan con desbordarse. Esta vez, sin embargo, lucho contra las lágrimas, no de tristeza, sino de alegría y alivio abrumadores. Me he pasado todos estos meses fantaseando con Jameson, tejiendo intrincadas ensoñaciones en las que era mío mientras me decía a mí misma que nunca funcionaría, y ahora me doy cuenta de que él ha estado haciendo lo mismo. La revelación me llena de una calidez que ahuyenta las dudas a las que antes me aferraba como una balsa salvavidas en un mar tormentoso.

Un escalofrío de emoción me recorre la espalda mientras las palabras de Jameson flotan en el aire, envolviéndome en su sinceridad. No puedo evitar sentir un aleteo en el pecho al imaginar los escenarios que ha pintado, cada uno más tentador que el anterior.

«Quiero saber cómo eres un sábado por la noche, cuando las preocupaciones de la semana se han desvanecido y te dejas llevar», continúa, con los ojos brillantes de expectación. «Quiero verte arreglada y lista para una fiesta, con tu pelo en cascada de suaves rizos y tu sonrisa radiante».

El corazón me da un vuelco al imaginarnos codo con codo en la cocina, riendo y preparando

juntos la cena. La idea de compartir con él un momento tan mundano y a la vez tan íntimo me resulta sorprendentemente reconfortante.

Pero son sus siguientes palabras las que me dejan sin aliento. «Quiero verte desnuda en el dormitorio, al borde del orgasmo», murmura con voz grave y ronca. Siento que me ruborizo ante la audacia de su afirmación, pero no puedo negar la emoción que me recorre al pensar en ser vulnerable con él de esa manera.

Jameson se acerca un paso y sus dedos rozan los míos mientras continúa. «Quiero bailar contigo en mi bar favorito a la una de la madrugada, cuando la multitud se haya reducido y la música esté lo bastante alta para ahogar al mundo».

Mientras habla, ya puedo sentir el ritmo de la música palpitando en mi interior, la emoción de estar tan cerca de él en la habitación poco iluminada. Y cuando añade: «Quiero experimentar la vida contigo, Amelia, y ver si estamos destinados a pasar el resto de nuestra vida juntos», sé sin duda que yo quiero lo mismo.

El corazón me late en el pecho como un tambor. El cuadro que está pintando con sus palabras es tan hermoso, tan vívido. Es una visión que nunca había imaginado para nosotros, ni me había atrevido a soñar para mí misma. La idea de que sienta esto por mí es asombrosa; nunca pensé que tendría algún tipo de futuro con alguien tan cautivador como Jameson.

«Quédate esta noche después del trabajo», me dice con una sonrisa socarrona que me revuelve el estómago. «Quiero hablar contigo un poco más, ¿vale?

Soy plenamente consciente de que este momento, por perfecto que sea, tiene que terminar. Sin embargo, con la promesa de que habrá más, me doy cuenta de que ni siquiera me siento decepcionada. De hecho, me invade una estimulante sensación de expectación. «Sí, desde luego», respondo, con una voz apenas por encima de un susurro, pero con una convicción inconfundible.

Jameson se inclina y me besa suavemente en la frente, y la calidez de sus labios me produce un delicioso escalofrío. «Te veré dentro de un par de horas», me dice en voz baja y tranquilizadora. Luego, con una mirada que se detiene un instante más de lo necesario, se da la vuelta y se dirige a grandes zancadas hacia el taller, dispuesto a terminar su trabajo con una energía que me acelera el corazón.

Vuelvo prácticamente flotando a mi mesa, sumida en una neblina de ensueño en la que me pregunto: «¿De verdad ha ocurrido eso? Mi mente zumba con la emoción de todo aquello, pero la realidad del momento me invade como una ola. No puedo creer que todo lo que siempre he deseado esté a punto de hacerse realidad. Un hombre mayor, dominante y sexy me desea. Piensa que soy guapa tal y como soy, y ese pensamiento hace que una oleada de calor inunde mis mejillas.

Mi madre me ha dicho muchas veces que esto ocurriría algún día, que sólo tenía que mover el culo y trabajar duro para adelgazar, pero se moriría si supiera que está ocurriendo ahora. Que un hombre como Jameson, dueño de su propio negocio, con éxito y seguro de sí mismo, se interesara por mí. O, mejor dicho, en mi vieja yo. Casi puedo oír su voz resonando en mi cabeza, una mezcla de incredulidad e incredulidad, pero ahora mismo, eso no importa. Lo que importa es que esta noche, todo podría cambiar.

JAMESON

Intento limpiarme unos minutos después de cerrar, pero, sinceramente, es casi un esfuerzo inútil. Los trapos que tengo a mano apestan ligeramente a grasa, así que lo único que hago es untar más grasa en las manchas que intento limpiar. Es una batalla sucia, y ni siquiera estoy seguro de que Amelia se dé cuenta del esfuerzo que estoy haciendo, pero quiero hacer lo correcto por ella. Quiero que vea que me importa.

Cuando por fin me armé de valor para decirle lo que sentía de verdad, su cara prácticamente se iluminó de emoción. Nunca olvidaré el brillo de sus ojos. Sin embargo, debajo de esa alegría, había un destello de miedo, como si se estuviera preparando para el momento en que yo le tirara de la manta y le revelara que todo había sido una broma. Pero, en el fondo, me di cuenta de que su emoción era sincera, y eso hizo que mi corazón se acelerara de esperanza.

Cuando le insinué la idea de que yaciera desnuda en mi dormitorio, tambaleándose en el precipicio del placer, el tono rosado que se extendió por sus mejillas sólo sirvió para avivar mi propio deseo. No podía evitar imaginarme arrastrándola de sus pies a su escritorio, allí mismo, para ver si podía provocar esa dichosa liberación. Y así, parte de la razón por la que le pedí que se quedara después del trabajo fue simplemente para explorar esta incipiente conexión. Quizá se convirtiera en una cita, o quizá en algo más íntimo. Sin embargo, el comportamiento inescrutable de Amelia me dejaba intrigado, y el misterio que presentaba me intrigaba aún más.

Quería hacer lo correcto con ella, demostrarle que mis intenciones eran sinceras. Quería que viera la profundidad de mis sentimientos y que confiara en el potencial de lo que podríamos compartir. Aquel emocionante momento en el que reveló su vulnerabilidad, su miedo a ser herida mezclado con el inconfundible atisbo de esperanza, me hizo estar aún más decidido a proteger su corazón. Estaría allí para ella, para cogerla si se caía y para cuidarla en todo momento.

A medida que avanzaba la velada, me sentía atraído por ella de una forma que no podía explicar. Su risa llenaba la habitación, tan rica y cálida como una brisa de verano, y sus ojos bailaban con una luz que parecía atravesarme. Sentí una conexión con ella que trascendía los límites de nuestro lugar de trabajo, y en ese instante supe que quería explorarla más a fondo.

Así que me arriesgué y le pedí una cita. La forma en que se le iluminó la cara ante la perspectiva me llenó de una alegría que hacía siglos que no sentía. Aceptó, y mientras compartíamos una sonrisa que parecía contener todas las promesas del futuro, no pude evitar sentirme agradecido por el giro fortuito del destino que la había traído a mi vida.

Juntos, navegaríamos por las complejidades de nuestra recién descubierta relación, aprendiendo

a confiar el uno en el otro y a construir un vínculo que resistiría el paso del tiempo. Y cuando la miré a los ojos, supe que haría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz, para ser el hombre que se merecía y para apreciarla siempre.

Todos los hombres se habían ido rápidamente. Tenían otros trabajos, esposas o novias, o alguna otra cosa con la que volver a casa. Así que, después de asearme todo lo que pude, me fui corriendo a la oficina, donde Amelia seguía enfrascada en su trabajo. Ya no estaba trabajando en una hoja de cálculo, sino que ahora llevaba el pelo castaño recogido en una pinza mientras escaneaba documentos en sus pantallas duplicadas.

Entré en la oficina, con el aroma familiar del papel y el café en el aire. «Hola, preciosa», la saludo con una sonrisa que espero transmita mi afecto antes de dirigirme a la puerta principal para comprobar si está cerrada. Con la ciudad apagándose, quiero asegurarme de que tengamos un poco de intimidad. «¿Ocupado?»

Se levanta y puedo ver la sonrisa nerviosa que baila en sus labios, una mezcla de emoción e incertidumbre sobre lo que vendrá después. «Me quedé así mientras te esperaba», responde con voz firme, pero sus ojos revelan un atisbo de curiosidad. «Entonces, ¿de qué querías hablar, Jameson?». Amelia se aleja del escritorio y se apoya en un lateral, con los brazos cruzados sobre el cuerpo, una barrera inconsciente que espero romper.

Puede que sus brazos cruzados y su postura cautelosa griten «no te acerques», pero no voy a dejar que eso me disuada. Llevo un año esperando el momento oportuno para dar a conocer mis intenciones. No quería arriesgar nuestra amistad ni que pensara que era un tipo mayor y raro. Pero ahora que el gato está fuera de la bolsa y sé que ella siente lo mismo, no voy a dejar que una pequeña actitud defensiva se interponga entre nosotros.

Con paso despreocupado, atravieso la habitación desde la puerta principal y acorto la distancia que nos separa. «Esperaba que hubieras pensado un poco más en lo que hablamos antes. Ya sabes, todo eso de ser novios, tener citas, compartir comidas, sexo y... bueno, todo lo que eso conlleva». Las palabras se quedan en el aire mientras observo su reacción con atención, esperando que esté de acuerdo conmigo.

Su rostro enrojece al oír hablar de sexo y no puedo evitar una sonrisa aún más amplia. Recorto la distancia que nos separa, tan cerca que noto el calor que irradia su cuerpo.

«Bueno, tendremos que mantener las cosas informales en el trabajo», sugiere, mirándome con una mezcla de desafío y vulnerabilidad. «No quiero que nadie sepa lo nuestro».

Levanto una ceja para ver si habla en serio o no. Está claro que los chicos no le han hecho pasar un mal rato como yo pensaba en un principio, o de lo contrario ya estaría al tanto de sus suposiciones sobre nosotros. «Está bien, pero fuera de estas paredes, eres mía, Amelia», digo con firmeza, observando cómo un visible escalofrío la recorre. «Y me gustaría que todos lo supieran».

Aprovecho la oportunidad para cerrar por completo la brecha que nos separa y le tiendo las manos. Ella vacila un momento, sus ojos buscan los míos, antes de dejarse relajar por mi contacto. La tensión entre nosotros parece disiparse, sustituida por una sensación de excitación y expectación ante lo que está por venir.

«Jameson, no podemos hacer esto aquí», me recuerda la regla que acaba de imponer, con una voz mezcla de protesta juguetona y emoción subyacente.

«No hay nadie aquí», susurro, inclinándome para cerrar la brecha que nos separa y besarla. El calor de su aliento se mezcla con el aire frío de la tienda, aumentando la tensión que parece zumbar a nuestro alrededor.

Abre la boca, dispuesta a discutir, pero aprovecho el momento y deslizo la lengua en su interior. En lugar de una batalla de palabras, nuestras lenguas bailan con una pasión ferviente que lleva demasiado tiempo creciendo entre nosotros. Sus manos sueltan las mías y me rodean el cuello, tirando de mí como si no tuviera suficiente. Respondo instintivamente, agarrándola por las caderas y levantándola sin esfuerzo, dejándola sobre el escritorio con una sensación de urgencia y deseo.

En un momento de excitación febril, le muerdo suavemente el labio inferior y gruño, sintiendo un impulso primitivo. El sonido que se escapa de sus labios -una suave carcajada- hace que me recorra una oleada de calor por las venas, y no puedo evitar sonreír contra su boca, deleitándome en esta conexión embriagadora que compartimos.

«Eres un animal», me dice, apenas un susurro cuando se separa de mí y sus ojos brillan con una mezcla de diversión y deseo. No puedo evitar sonreír ante su tono burlón, con el corazón acelerado por la excitación.

«Sé lo que quiero», le digo, con los labios curvados en una sonrisa de satisfacción mientras esquivo su boca y me lanzo directamente a su cuello, besando y mordisqueando el punto sensible justo debajo de su oreja. Noto cómo su cuerpo tiembla bajo mis caricias, cómo su respiración se entrecorta en su garganta cuando cojo sus vaqueros y empiezo a desabrochárselos. Mi propio deseo es palpable, mi polla presiona contra mis pantalones, decidida a hacer su propia aparición.

«Túmbate», le ordeno, con la voz baja y ronca por la necesidad. Mira hacia atrás y aparta las cosas de su escritorio antes de hacer lo que le digo, sin apartar los ojos de los míos. No tardo en quitarle los vaqueros y tirarlos, dejando un par de bragas rosas entre mi premio y yo.

Dudo un instante, con la mano sobre la delicada tela. «¿Está bien si voy más lejos? le pregunto con voz suave y delicada. Ella asiente, con las mejillas enrojecidas por el deseo, y no puedo resistir el impulso de besarla de nuevo, aplastando mis labios contra los suyos mientras exploro su cuerpo con las manos.

La aceptación de Amelia me produce una oleada de alivio y excitación, y rezo en silencio una oración de gratitud. Sé que habría respetado su decisión si se hubiera negado, pero no puedo negar el alivio que me invade ante su consentimiento. Con un toque reverente, engancho los dedos en la cintura de sus bragas y las deslizo por sus piernas, saboreando el tacto de su suave piel contra las yemas de mis dedos. No puedo evitar soltar una suave exclamación de agradecimiento al contemplar su cuerpo semidesnudo, curvilíneo y tentador. El deseo de darle placer me consume y no tardo en colocarme entre sus piernas.

Los muslos de Amelia se abren con facilidad y entierro la cara en los suaves y fragantes pliegues de su sexo. La oigo gemir suavemente cuando empiezo a explorarla con la lengua, lamiendo y acariciando su sensible nódulo con lánguidas caricias. Su sabor es embriagador y me dejo llevar por el ritmo de su placer. Deslizo un dedo en su interior y siento cómo me envuelven su calor y

su humedad. Sus caderas se agitan contra mí y la oigo jadear cuando enrosco el dedo para encontrar el punto que la excita.

Mientras continúo explorando las partes más íntimas de Amelia, no puedo evitar sentirme cautivado por la forma en que su cuerpo responde a mis caricias. Le doy un par de golpecitos con la lengua, saboreando el sonido de su respiración agitada y las palabrotas que se escapan de sus labios. Deslizo un segundo dedo dentro de ella, ajustando el ritmo según el movimiento de sus caderas y la urgencia de su voz. Su vientre se ondula bajo mi mano y la uso para sujetarla, intentando mantenerla quieta mientras el placer aumenta en su interior. Amelia me agarra la muñeca con fuerza, nuestra conexión es inquebrantable, mientras se entrega al éxtasis que le estoy proporcionando. Es una sensación poderosa saber que tengo la capacidad de proporcionarle un placer tan intenso, y estoy decidido a llevarla hasta el final.

Sus gemidos se hacen más fuertes mientras sigo lamiéndola, mi lengua entra y sale de sus pliegues mientras saboreo su excitación. Deslizo tres dedos en su interior, curvándolos hacia arriba para golpear su punto G mientras acompaso el ritmo de sus caderas, que ahora se agitan salvajemente contra mi cara. Jadea y gime, respira entrecortadamente mientras se acerca al clímax.

«Joder, Jameson», grita, con la voz ronca de placer. Noto cómo aprieta los músculos alrededor de mis dedos mientras se aprieta contra mi cara, persiguiendo su orgasmo. Los sonidos de su placer son embriagadores y noto cómo me pongo cada vez más duro a cada segundo que pasa.

Cuando se le pasa el orgasmo, se desploma sobre el escritorio, con el pecho agitado mientras intenta recuperar el aliento. «Dios mío, ha sido increíble», susurra, con voz temblorosa.

Retiro lentamente mis dedos de ella, con movimientos suaves y deliberados. Me limpio discretamente los jugos de la cara y beso uno de sus gruesos muslos, que aún tiemblan ligeramente. «Eres increíble, cariño», le digo en voz baja y ronca. «Única en su especie, de hecho». No puedo evitar sentir que Amelia me ha arruinado para otras mujeres. Nadie se le puede comparar.

AMELIA

No he estado con muchos hombres. De hecho, sólo con dos, y ambos fueron novios de mucho tiempo que nunca me hicieron sentir como Jameson. El hecho de que dejara que me hiciera eso en mi mesa del trabajo aún no lo he asimilado; se me acelera el corazón al pensarlo. Me cuesta creer que me permitiera ser tan vulnerable y, sin embargo, aquí estoy, sintiéndome emocionada y un poco temeraria. Me está sacando de mi caparazón de una forma que no creía posible.

Me siento, me retiro el pelo de la cara y lo miro. Está recostado en su silla con una expresión de satisfacción que prácticamente irradia. Parece orgulloso de sí mismo y, sinceramente, ¿quién no lo estaría? En unos cinco minutos, me ha hecho pasar de ser una joven nerviosa e insegura de sus deseos a alguien que se siente perfectamente satisfecha y viva. Por supuesto, está satisfecho consigo mismo; ¿cómo no iba a estarlo? «Tu turno», le digo con una sonrisa que no puedo contener porque, en el fondo, soy una dadora. Una vez me dijo que era amable y generosa, y ahora está a punto de comprobar lo generosa que soy en realidad. La expectación me estremece y estoy impaciente por devolverle el favor.

Salto del escritorio, con el corazón acelerado por la emoción, y me dirijo a la silla de mi despacho con un brillo juguetón en los ojos. «Siéntese, jefe», le digo con un guiño, sintiendo una oleada de poder al invitarle a que me deje tomar el control por un momento.

«Amelia, no tienes que hacer esto sólo porque yo...». Empieza a protestar, con un deje de incredulidad en la voz, pero veo que su mirada se detiene en mí, entre la incertidumbre y la curiosidad. El aire que hay entre nosotros desprende una tensión casi eléctrica y no puedo evitar sonreír al pensar en lo que está a punto de ocurrir.

«Lo sé», interrumpo, con una sonrisa juguetona bailando en mis labios. «Pero quiero hacerlo». Y es verdad. Puede que no tenga mucha experiencia en este campo, pero hay algo en Jameson que me hace desear explorar esto con él.

Sus palabras sobre compartir experiencias y posiblemente construir una vida juntos encendieron un fuego dentro de mí. No se trata sólo del acto físico; es la conexión emocional lo que realmente me excita. Para los hombres, puede ser el porno y los estímulos visuales, pero para las mujeres como yo, se trata del viaje emocional. La forma en que hablaba de nuestro futuro era embriagadora, y quiero hacerlo por él aquí y ahora.

«¿Estás segura?», pregunta con voz ronca de deseo.

Asiento con la cabeza y una sonrisa sensual se dibuja en mi rostro. «Siéntate, jefe, y deja que te

enseñe lo mucho que yo también lo deseo».

Cuando se acomoda en la silla, no puedo evitar sentir una oleada de poder. Era mi oportunidad de tomar el control y demostrarle lo mucho que significa para mí. Y mientras me inclino hacia él, dispuesta a explorar esta nueva faceta de nuestra relación, sé que esta será una noche que ninguno de los dos olvidará jamás.

«Quítate los pantalones, Jameson», le ordeno juguetonamente, adoptando una actitud de falso jefe que hace que mi corazón se acelere de excitación y de picardía. «He dicho que es tu turno».

Se ríe suavemente, el sonido me estremece, y pone los ojos en blanco con exagerada incredulidad. «Si tú lo dices. Quizá debería empezar a llamarte jefe». Pero a pesar de su burla, puedo ver la chispa de deseo en sus ojos cuando obedece. Con deliberada lentitud, se quita los pantalones mecánicos, la tela se desliza por sus fuertes piernas, y luego se quita los bóxers. Cuando su polla se libera, se me corta la respiración y no puedo evitar admirar el espectáculo que tengo ante mí. Tomar la iniciativa en este momento tiene un innegable poder, y disfruto cada segundo.

Cuando se sienta en la silla de mi despacho, me arrodillo ante él, con el corazón acelerado por una mezcla de excitación y nerviosismo. Su impresionante polla de 20 cm me mira fijamente a la cara y no puedo evitar preguntarme si seré capaz de manejarla. Pero estoy decidida a darlo todo, a demostrarle a Jameson que puedo tomar el control en el dormitorio con la misma confianza que en la oficina.

Tanteo y le rodeo la polla con una mano, maravillada por el contraste entre la piel suave y el tronco duro como una roca. Empiezo a acariciarla despacio, saboreando su tacto y su respiración entrecortada.

«Joder, qué bien te sienta», murmura en voz baja y ronca. Esas palabras me estremecen y redoblo mis esfuerzos, deseosa de darle placer y de aprovechar este raro momento de vulnerabilidad de mi jefe, normalmente seguro de sí mismo y dominante.

Le rodeo la polla con las dos manos y siento el palpitar de su excitación en las palmas. Se me pasa por la cabeza la fantasía de que me saca de mis casillas, me tira sobre el escritorio y me toma con una urgencia que me deja sin aliento. Me muerdo el labio, reprimiendo el impulso de decirle que lo he reconsiderado, que quiero que haga exactamente eso. En lugar de eso, me concentro en darle placer con la boca.

Me inclino y separo los labios para acogerlo. Es demasiado grande para meterle más de unos centímetros sin que me llegue al fondo de la garganta, pero no dejo que eso me disuada. Me retiro y lo lubrico con mi saliva antes de pasarle la lengua por la punta de la polla. Gime y sus caderas se agitan ligeramente mientras lo lamo como si fuera un cucurucho de helado derritiéndose. Mis manos trabajan al unísono con mi boca, acariciándolo con movimientos firmes y deliberados mientras saboreo su gusto.

Le hago un gesto con la cabeza, comunicándole en silencio que comprendo. «No te contengas», susurro, con voz apenas audible. «Quiero que uses mi boca como quieras».

Con determinación, vuelvo a penetrarlo, sintiendo cómo golpea de nuevo mi garganta. Esta vez, Jameson no se contiene. Empuja más hondo, provocándome ligeras arcadas, pero me niego a

retroceder. Relajo la garganta y me lo trago, sintiendo la cabeza de su polla en el fondo de mi garganta.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras sigue follándome la boca, pero no me detengo. Saboreo la sensación de que me use así, su sabor en mi lengua y los sonidos de su placer llenando la habitación.

De repente, Jameson se echa hacia atrás, con la respiración agitada. «Joder, Amelia», dice, con la voz entrecortada. «Tenemos que parar».

Me echo hacia atrás y me limpio la boca con el dorso de la mano. «¿Qué? ¿He hecho algo mal?

Sus ojos parecen crudos y salvajes, llenos de lujuria. «Tengo que follarte. No voy a correrme en tu boca». Me agarra por los brazos y me ayuda a ponerme en pie». Me agarra del dobladillo de la camisa y me la pone por encima de la cabeza. «Dios, eres preciosa».

Instintivamente me cubro el estómago, un hábito que he desarrollado con los años. De pie ante él, casi desnuda, no puedo evitar sentirme cohibida. «Jameson, para».

Pero no me escucha. En vez de eso, insiste: «No, Amelia, para tú. Estás guapísima».

Intento protestar, señalando las zonas en las que me siento más insegura. «Pero no lo estoy. Tengo que adelgazar aquí, aquí y aquí», digo señalando mis muslos, mi barriga y mis pechos.

Pero Jameson no me da la oportunidad de continuar. Rápidamente me da la vuelta para que esté de cara al escritorio y me inclina sobre él sin previo aviso.

«¿Qué estás haciendo? pregunto con la voz temblorosa.

«Ya te advertí de lo que pasaría si seguías tirándote al suelo», dice con naturalidad, con voz severa pero teñida de preocupación. Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, me golpea el trasero desnudo con la mano.

«Grito sorprendida y mi cuerpo se tensa al sentir el pinchazo en mi piel sensible. Me retuerzo e intento zafarme de su agarre, pero él me sujeta con firmeza y me agarra la cadera con la otra mano. «Para. No puedes... hacer eso».

Pero Jameson no escucha. Sigue dándome nalgadas, alternándolas en cada mejilla. Cambio mi peso de un pie a otro, intentando bailar para escapar de su alcance, pero es inútil. Los golpes siguen, cada uno más fuerte que el anterior.

«¡Jameson, por favor! Eso duele». Suplico, con la voz temblorosa mientras intento contener las lágrimas. Pero él no cede. En lugar de eso, sigue azotándome, cubriendo cada centímetro de mi trasero con un calor abrasador.

«Lo que me duele es que no veas lo hermosa que eres para mí», me dice por encima del sonido de su mano al chocar con mi carne. «Lo que me duele es que cuestiones mi juicio cada vez que te digo que eres preciosa, y tú me dices que no».

Me muerdo el labio, intentando contener un sollozo. Sé que tiene razón, pero es difícil creerle cuando lo único que veo son mis defectos. Aun así, cuando siento su mano acariciarme el trasero dolorido, no puedo evitar sentir un pequeño destello de esperanza. Quizá, sólo quizá, vea algo en

mí que yo no veo.

Me siento como si me hubieran prendido fuego en el culo y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas calientes. «Lo siento, Jameson, de verdad», consigo decir, con la voz temblorosa. «No quiero sentirme así».

Jameson deja de pegarme y siento que sus fuertes brazos me rodean la cintura por detrás. «Sé que no va a ser fácil cambiar toda una vida de pensamientos negativos sobre ti misma, cariño», me dice con dulzura, »pero el primer paso va a ser aceptar que te diga que creo que eres preciosa. ¿Puedes entenderlo?».

Resoplo un poco y me duele el trasero. Pero asiento con la cabeza, sintiendo que empieza a crecer en mí una pequeña determinación. En algún lugar de mi interior, siento una extraña mezcla de emociones: el escozor de la mano de Jameson en mi carne, la ternura de su abrazo y la confusa sensación de que, de algún modo, todo esto me excita.

«Jameson», digo vacilante, "¿sería raro si... ya sabes, siguiéramos teniendo sexo?".

Se ríe suavemente y me hace girar, bajando la cabeza para capturar mis labios en un tierno beso. «Esperaba que dijeras eso», murmura, y el calor de su aliento me produce un escalofrío. Me desabrocha hábilmente el sujetador, liberando mis pechos de su encierro. «Dios, eres exquisita. No vuelvas a esconderte de mí. Nos estás privando a los dos».

Siento cómo se me ruborizan las mejillas de vergüenza, y el impulso de escudarme con los brazos es casi irrefrenable. Pero el persistente escozor de su mano en mi trasero me disuade y me obligo a mantener las manos a los lados. En lugar de eso, le ofrezco una tímida sonrisa y veo cómo hunde su cara en mi escote.

«Quiero adorar cada centímetro de este precioso cuerpo durante el resto de mi existencia», gruñe, y el crudo deseo de su voz me acelera el corazón. Cierro los ojos y me inclino hacia él, sintiendo una oleada de placer ante la idea de ser suya para siempre.

Y quiero que él también lo sea. Me doy la vuelta y vuelvo a inclinarme sobre el escritorio, esta vez voluntariamente, con mis curvas apretadas contra la fría superficie de madera. Respiro hondo y susurro: «Te deseo, Jameson». Quería decirle que me follara, pero aún no era lo bastante valiente. Quizá la próxima vez.

Su gruñido es grave y profundo, y me recorre un escalofrío por la espalda. «El placer es mío, nena, y espero que también tuyo». Da un paso adelante y noto la punta de su polla rozando mi entrada durante unos segundos antes de hundirse en lo más profundo de mi coño.

Por un momento, se detiene, dándome la oportunidad de adaptarme a su tamaño. Me muerdo el labio, intentando contener el gemido que amenaza con escaparse. Cuando estoy preparada, empieza a moverse, bombeando dentro y fuera con una lentitud insoportable. Al principio creo que lo hace para asegurarse de que puedo con él, pero al cabo de un minuto me doy cuenta de que me está tomando el pelo. Muevo las caderas para convencerle de que acelere, pero él sigue con su lentitud insoportable. «Jameson», le advierto, con la voz tensa por el deseo.

«¿Sí?», pregunta él, con voz grave y áspera.

Apenas puedo pronunciar las palabras, estoy tan abrumada por la sensación de tenerlo dentro de

mí. «Joder. Fóllame. Más fuerte».

Eso es todo lo que necesita para acelerar el motor. Me penetra de golpe y, aunque mis caderas chocan contra el escritorio, es el mejor dolor que he sentido en mucho tiempo. Juro en voz baja mientras acelera el ritmo, una follada gloriosa y estremecedora que no he sentido en toda mi vida. Los dos ex novios con los que me acosté no tienen nada que envidiar a Jameson.

Me estira el coño hasta el límite, agarrándome por la cintura mientras me penetra tal y como le pedí. «¿Aceptas ser mía, Amelia?» Me pregunta con cada golpe de polla, con la voz tensa por el esfuerzo.

No puedo pensar con claridad, pero sé que quiero esto. Lo deseo. «Sí», gimo, con la voz quebrada por el deseo. «Soy tuya, Jameson. Toda tuya».

Gruñe en respuesta, sus movimientos se vuelven aún más frenéticos mientras persigue su liberación.

Me pierdo en una bruma de placer, mis pensamientos se dispersan como hojas en el viento. La polla de Jameson me lleva al límite, llenándome por completo mientras me penetra con un fervor que me deja sin aliento. No puedo evitar gemir y empujar contra él, desesperada por más.

«Joder, sí», grito, con la voz desgarrada por el deseo. Podría haberme pedido cualquier cosa en este momento, y yo habría accedido sin dudarlo.

Pero Jameson no se conforma con violarme. Quiere asegurarse de que estoy totalmente comprometida con él, de que haré lo que haga falta para complacerle. «¿Aprenderás a amar tu cuerpo en todo su esplendor?», pregunta con la voz tensa por el esfuerzo.

Me gustaría que dejara de hacer preguntas y se centrara en el placer, pero sé lo que está haciendo. Utiliza el sexo para manipularme, para doblegarme a su voluntad. Y maldita sea, está funcionando. «Maldita sea, sí», consigo atragantarme.

Jameson parece satisfecho con mi respuesta y sus movimientos se vuelven aún más frenéticos. «Bien», gruñe. «Porque cada vez que no lo hagas, recibirás otro azote». Me estremezco al pensarlo, aterrorizada y excitada a la vez. Pero sé que haré lo que sea para evitar ese castigo, para mantener a Jameson feliz y satisfecho.

Es una broma, porque aunque me escuece y me deja momentáneamente sin aliento, también enciende un fuego dentro de mí. Pero él no necesita saberlo. Con una sonrisa de satisfacción, replico: «Hablas demasiado».

Su respuesta es inmediata y sorprendente: una fuerte palmada en el trasero que hace que una descarga de placer eléctrico recorra todo mi cuerpo. Dios, es perfecto. No sabía que eso era lo que buscaba en un compañero hasta que lo tuve delante de mis ojos.

Los dedos de Jameson se clavan en mi cintura, sujetándome con fuerza mientras su propio placer aumenta. Noto la tensión que se apodera de él, y eso sólo sirve para aumentar mi propia excitación. «Vas a hacer que me corra, nena», me gruñe al oído, con voz grave y áspera. Y sé que haré cualquier cosa para que eso ocurra.

La inesperada sensación me provoca algo. Mi cuerpo responde con una intensidad que nunca antes había experimentado. Mi coño se contrae, arqueo la espalda y grito de placer cuando tengo

mi segundo orgasmo del día. Los dedos de Jameson se clavan más en mi cintura, sujetándome con fuerza mientras su propio placer aumenta. Se inclina hacia mí, con su cuerpo duro apretado contra el mío mientras ruge mi nombre.

Nunca hubiera imaginado que el día acabaría así. Antes me imaginaba yendo a casa de mi madre y dándole las gracias por las verduras y el almuerzo bajo en calorías que me había preparado. Me disculparía por no haber ido andando al trabajo y prometería hacerlo mejor mañana. Hablaríamos de mis opciones para inscribirme en un gimnasio para el nuevo año, pero sabía que lo olvidaría o que nunca lo usaría.

Pero en lugar de eso, tuve un encuentro con un cliente maleducado que desembocó en la mejor experiencia de mi vida. Mientras Jameson me pasa las bragas, con su semen goteando por mis muslos, no puedo evitar pensar que toda mi vida ha cambiado hoy. Y sólo va a mejorar a partir de ahora.

«Probablemente lo hemos hecho en el orden equivocado», dice Jameson, con una sonrisa avergonzada en su atractivo rostro y unos ojos encantadores que brillan con picardía. «Porque aún no tengo tu número, ni tu dirección, ni siquiera sé cuándo vamos a tener nuestra primera cita».

Me pongo los vaqueros, con la tela suave contra la piel, y me río, plenamente consciente de que tiene toda la razón. Esta no es exactamente la historia que me imagino contando a nuestros hijos algún día, al menos no al principio. «Bueno, supongo que tendremos que remediarlo, ¿no? bromeo, disfrutando del coqueteo que baila entre nosotros.

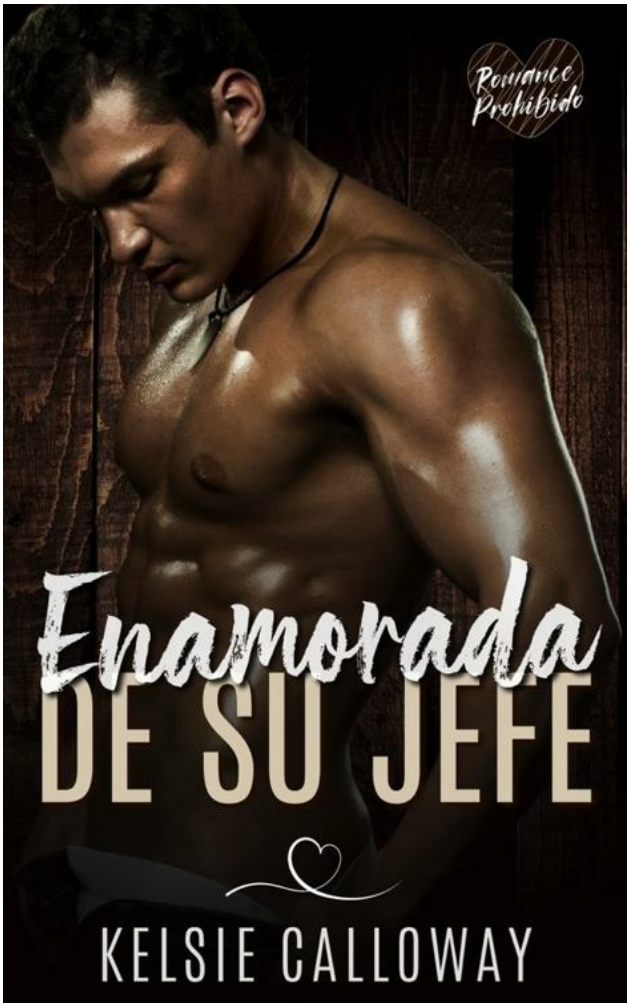
Parece tan feliz como yo, con una sonrisa contagiosa y brillante. «Eres perfecta, Amelia. Y por fin eres mía. Dime qué tengo que hacer ahora y lo haré», me dice con voz grave y sincera, que me estremece.

«Bueno, no me importaría cenar algo rápido si te apetece», sugiero, con un suave rugido de estómago que me recuerda lo hambrienta que me siento de repente. «Tengo hambre por alguna razón».

«No habrán sido los dos orgasmos», contesta despreocupado, con un brillo burlón en los ojos. «Probablemente el ajetreado día de trabajo».

Me pongo la camiseta, la tela me envuelve cómodamente, y asiento con la cabeza, con una sonrisa en los labios. «Debe de haber sido así», digo, sintiendo una calidez en el pecho, sabiendo que esto es solo el principio de algo excepcional.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway